

De industria y virtud en textos fundacionales hispanoamericanos: resemantización del ideal del trabajo ilustrado

JORGE CHEN SHAM
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

A la luz del ideal del trabajo virtuoso que Campomanes expone en el *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1774), las *Cartas mejicanas* (1805) de Benito de Moxó y Francolí¹ y *El cristiano errante* (1847) de Antonio José de Irisarri² merecen un estudio de su impronta ilustrada. En ambos textos la descripción del espacio americano, respectivamente, de las sociedades indígenas del México y de la Guatemala en las postrimerías de la Colonia, se hace refutando el estereotipo difundido por el naturalista francés, conde de Buffon, sobre la degeneración del territorio americano y su imposibilidad de desarrollar hombres vigorosos. La reivindicación de las sociedades indígenas se produce con la exaltación de los recursos naturales, del comercio abundante y de la industria ordenada, propios de las ideas que concreta Campomanes en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, en donde el trabajo rima con interés colectivo y prosperidad económica.

En la tradición del relato de viajes dieciochesco, priva el objetivo de dar a conocer los avances de la geografía, de la historia y de las ciencias experimentales y el viaje se interesa por todo lo que es exótico y desconocido.³ El libro de viajes trae una masa de información sobre esos lugares exóticos, leja-

¹ Benito María de Moxó y Francolí (1763-1816) fue monje benedictino. Carlos IV lo nombró obispo auxiliar de Michoacán y en 1804 estaba en la capital del virreinato; sin embargo no pudo ocupar el cargo y en 1805 fue designado para el arzobispado de Chuquisaca-La Plata. No pudo por diversos motivos trasladarse inmediatamente a su sede y se quedó en México, en donde se dedicó al estudio de la historia antigua mexicana (Trabulse XXIII); las *Cartas mejicanas* se redactaron durante este periplo mexicano. La edición manejada de esta obra es: María de Benito Moxó, *Cartas mejicanas (Facsimil de la edición de Génova, 1839)*, México, D.F., Fundación Miguel Alemán / Fondo de Cultura Económica, 1999 [2ª ed.].

² Antonio José de Irisarri (1786-1868) fue escritor y político guatemalteco de padre vasco y dedicado al comercio. Su ideario político lo condujo a participar en las luchas por la independencia de Chile y a escribir, en otro momento, en favor del general Tomás Cipriano Mosquera, presidente de la República de Colombia. La edición manejada de esta obra es: Antonio José de IRISARRI, *El cristiano errante (Novela que tiene mucho de historia)*, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1960, 3 t.

³ FRANCISCO LAFARGA, «Territorios de lo exótico en las letras españolas del s. XVIII», *Anales de Literatura Española*, 10 (1994), págs. 173-174.

nos o ignotos para el viajero y muestra el afán de conocimiento, que su autor comparte con la comunidad de potenciales lectores. En este caso, los escritores que relatan expediciones o viajes parten del presupuesto de que escriben para un grupo de ávidos hombres que buscan cultivarse o entretenerse, es decir, escriben pensando en una recepción ulterior.

Al proponernos el apego a la curiosidad científica y la seducción por lo ignoto,⁴ los dos textos en estudio, las *Cartas mejicanas*, cuya primera edición es de 1837 (Génova) y *El cristiano errante: novela que tiene mucho de historia*, publicado en 1847 en Bogotá,⁵ se adscriben a esta tradición del viaje científico, en el que la literatura se enriquece con la imbricación de las curiosidades científicas y de las reflexiones filosóficas.⁶ El interés por los relatos de viajes y por las publicaciones periódicas de tipo erudito, que informaban sobre los nuevos avances y descubrimientos, puede explicarse por estas demandas cognoscitivas, pues se trataba de una verdadera

[...] curiosité pour les espaces inconnues, fantasmés érotiques, goût pur l'explication rationnelle et technique, sentiment de l'importance des possessions matérielles, idéologies sentimentales de la 'nature'. Il est bien évident que ces différentes formes n'ont été distinguées que pour l'analyse [...] [et pour] remplir à la fois plusieurs de ces attentes.⁷

Pero la curiosidad intelectual está al servicio del proyecto reformador ilustrado. Tal y como lo hiciera José Cadalso en sus *Cartas marruecas*, al insertar su libro en la polémica sobre «Que doit-on à Espagne?», tanto Benito de Moxó como Antonio José de Irisarri escriben para reivindicar el espacio autóctono y ofrecernos una análisis dentro del «espíritu crítico» dieciochesco del carácter indígena americano. En el siglo XVIII, la «buena crítica», aquella de imparcialidad, sensatez, decoro, conocimiento profundo de la materia y prudencia hermenéutica,⁸ debe ser la base del criticismo con el que un viajero no sólo debía apuntalar sus observaciones, sino ajustar sus criterios a una crítica desapasionada e imparcial, fundada sobre la razón y en un análisis pormenorizado.⁹ Esto es lo que realizan Moxó e Irisarri, cuando se alzan en contra del estereotipo

⁴ FRANCISCO LAFARGA, «Territorios de lo exótico en las letras españolas del s. XVIII», págs. 177-181.

⁵ Publicado primeramente en forma de entregas, lo cual es usual en la época, en el periódico homónimo bogotano *El cristiano errante*, entre el 8 de agosto de 1846 y el 6 de marzo de 1847.

⁶ HENRI LAFFON, «Sur la description dans le

roman du XVIII^e siècle», *Poétique*, 51 (1982), pág. 307.

⁷ HENRI LAFFON, «Sur la description dans le roman du XVIII^e siècle», pág. 310.

⁸ INMACULADA URZAINQUI, «Las "personalidades" y los malos modos de la crítica en el siglo XVIII», en JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS y JOSÉ CHECA BELTRÁN (eds.), *El siglo que llaman ilustrado*, Madrid, CSIC, 1996, pág. 862.

difundido tanto por el naturalista francés, conde de Buffon,¹⁰ como por su continuador, el holandés Cornelius de Pauw.¹¹

En sus trabajos sobre las ciencias del carácter físico (del griego *physis*) y la historia natural, Buffon expone la necesidad de observar las diferencias y las semejanzas de los individuos en clases y géneros, dentro de una interrelación entre seres vivos y ambiente físico;¹² se trataba de observar la influencia del medio físico sobre la configuración y los comportamientos humanos dentro de lo que Horacio Capel denomina una «etiología de las enfermedades».¹³ Como lo explica John Browning, para ambos naturistas «el continente americano era esencialmente un territorio degenerado, malsano, incapaz de sostener ninguna clase de vida sana [...] el nuevo mundo no podía desarrollar razas vigorosas».¹⁴ La tesis de Buffon sobre la influencia del medio (clima y constitución física) en la diferenciación de las razas sirvió para justificar, desde el discurso de la ciencia, la inferioridad que ya los cronistas españoles planteaban en su defensa de la esclavitud y servidumbre de los indígenas.¹⁵ Si a causa del clima, estas tierras americanas producían plantas y animales deformes, lo mismo sucedía con los seres humanos.

Por el contrario, las opiniones de Moxó e Irisarri contradicen el estereotipo fundante de la barbarie americana, pues ni la selva ni la montaña hacen sucumbir a los hombres, sino que ellas permiten que los indígenas exploten sus recursos naturales, con la creación de trabajo, industria y comercio. Por lo tanto, en este espacio puede florecer la civilización:

[...] son tantos y tan clásicos los desatinos que dice Mr. Pauw; tantos los hechos sospechosos, falsos y aun absurdos que amontona á veces, y á veces entreteje con

¹⁰ Ésta se distingue de la crítica personal, la de fines partidistas y que destaca los elementos más ridículos y negativos (Urzainqui, «Las "personalidades" y los malos modos de la crítica en el siglo XVIII», pág. 864); por eso, ella separa la crítica del libelo o panfleto.

¹¹ Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), escribió la *Histoire naturelle*, en 36 volúmenes (1749-1789), en esta obra «il se montre un excellent observateur de la nature et eut l'intuition de la transformation lente de l'univers et de l'évolution des espèces végétaux et animaux sur la terre» (cfr. Larousse, *Encyclopédie en couleurs*, pág. 1328, t. III). La primera traducción española la realizó José Clavijo y Fajardo con el título de *Historia Natural* (1785).

¹² Por su parte, Cornelius de Pauw (1739-1799)

escribe *Recherches philosophiques sur les Américains* (1768-1770), en la que continúa los trabajos de Buffon.

¹³ HORACIO CAPEL, «Filosofía y ciencia en los estudios sobre el territorio en España durante el siglo XVIII», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 5 (1995), pág. 86.

¹⁴ HORACIO CAPEL, «Filosofía y ciencia en los estudios sobre el territorio en España durante el siglo XVIII», pág. 87.

¹⁵ JOHN BROWNING, «La historia en la literatura y la literatura en la historia», *Káñina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*, 17.1 (1993), pág. 266.

¹⁶ HORACIO CAPEL, «Filosofía y ciencia en los estudios sobre el territorio en España durante el siglo XVIII», pág. 90.

mucho arte en su discurso para probar, que estos naturales son unas gentes estólicas, dejeneradas de la especie humana así en el cuerpo como en el talento [...]¹⁶

No es casual que sea este afán de conocimiento lo que se proponga como objetivo de las *Cartas mejicanas*: ofrecer a los lectores curiosos información de primera mano sobre la antigua civilización mexicana, pero no a partir de libros o fuentes escritas, sino de sus propias observaciones y pruebas documentales. Con ello pasamos al segundo objetivo del libro, que deriva de este mismo espíritu crítico; pretende enmendar prejuicios y discutir sus reparos y objeciones a lo que le parece un discurso infundado e imparcial sobre la realidad del nuevo continente. Dice así en el «Prólogo»: «[...] y para disipar las densas nieblas, con que ciertos señores filósofos han empañado la historia Mejicana con sus mordaces sátiras, infundados atributos que dan à los Mejicanos, y estrañas é inauditas cosas que de ellos nos refieren [...]».¹⁷

Por ello, dedica las cartas IV y V de sus *Cartas mejicanas* a refutar abiertamente a Cornelius de Pauw en lo que se refiere a la inferioridad de los indígenas a causa de su naturaleza física:

Afirma pues en primer lugar Mr. Pauw, que los Indios Americanos aunque ájiles y veloces en la carrera por haberse ejercitado en ella desde la niñez, carecen de fuerzas; de modo que el me[n]or peso los agobia.¹⁸

El argumento de Moxó apela al prurito documental del cronista; desmiente a Pauw poniéndose él mismo como testigo ocular en lo que es un verdadero procedimiento de autenticación de su discurso: «Mientras estoy escribiendo estas líneas pasa por debajo de mi balcon un Indio que trae sobre sus hombros una gran carga de leña para vender. Un poco más léjos viene otro con una alacena alta, una mesa, y que sé yo cuantas sillas».¹⁹

Al oponer la fuerza física de los indígenas a la debilidad y a la minusvalía física con las que Pauw los describía y caracterizaba, Moxó introduce el tema del trabajo y de la industria de raigambre ilustrada. La ecuación entre trabajo humano y producción de la tierra hace emerger la estimación de las virtudes; ello no es inocente porque, dentro del pensamiento ilustrado, el trabajo se plantea como fuente de riqueza y factor de socialización.²⁰ Según Moxó, Pauw se

¹⁶ Moxó, *Cartas mejicanas*, pág. 43.

¹⁷ Moxó, *Cartas mejicanas*, s. pág. Recordemos que estamos utilizando la edición facsímil hecha por el Fondo de Cultura Económica, de manera que la ortografía y redacción se respetan tal y como aparecen en el original y únicamente se corrigen las erratas en-

contradas.

¹⁸ Moxó, *Cartas mejicanas*, pág. 30.

¹⁹ Moxó, *Cartas mejicanas*, pág. 31.

²⁰ José Antonio MARAVALL, «Dos términos de la vida económica: La evolución de los vocablos "industria" y "fábrica"», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 280-282 (1973), pág. 635.

equivoca en plantear la poca relevancia de la agricultura entre los indígenas; es decir, que no tengan ni destrezas ni habilidades para el cultivo de las tierras. En consecuencia, Pauw presenta a los indígenas mexicanos como ociosos y débiles, lo cual conduciría a la caracterización de este grupo humano bajo el código contrastivo / negativo del menosprecio y la sanción moral, pues cuanto más laborioso sea un pueblo así será la estimación de las personas. A ello opone Moxó su conocimiento inmediato; la existencia de huertas y de haciendas que cubren el Valle de México no sólo permite la introducción de esa capacidad productora del trabajo para caracterizar un espacio fecundo y pródigo para el hombre (las condiciones favorables del medio), sino también anuncia la reivindicación del indígena mexicano como un ser laborioso:

[¿] Por que quienes, pregunto, sino los Indios que el filósofo prusiano trata de *decrépitos* y *caducos*, proporcionan á esta vastísima capital la prodijiosa abundancia de viveres de todas especies que en ella se disfruta? [¿] quienes sino los Indios mantienen todo el año estas amenas llanuras cubiertas agradablemente con la hermosa variedad de tantas plantas útiles á hombres y á animales?²¹

Por su parte, *El cristiano errante* nos presenta el viaje de un rico criollo, nacido en la América hispana, hacia tierras lejanas y desconocidas. El texto indica que, como albacea de su padre, Romualdo, el protagonista, debe encargarse de los negocios familiares y salvar el patrimonio ante una riesgosa operación de banca y de comercio que lo obliga a trasladarse a Ciudad de México. El viaje hacia México le permite a Irisarri describir una ruta que pasa por los Altos de Guatemala y su capacidad de observación aquí se nutre de una «curiosidad» que anima su empresa. Involucra aquí un espíritu crítico que le permite analizar, como deseaba otro gran relato de viajes del siglo xviii —las *Cartas marruecas*—, «religión, clima y gobierno»:²²

Atravesó, pues, los grandes pueblos hasta Quezaltenango, capital de Los Altos, deteniéndose en Mixco, en Chimaltenango, Sumpango, en Comalapa, en Sololá y Totonicapán, lo que le pareció conveniente para formar alguna idea de aquellas poblaciones, que no dejan de presentar objetos dignos de un viajero, que no viaja sólo por atravesar un camino. Halló en todos aquellos lugares una vida, una actividad, un movimiento de civilización, que no esperaba hallar [...]»²³

Romualdo se presenta como un perspicaz viajero que, aunque tiene un interés privado y personal para hacer la travesía, también se muestra receptivo

²¹ Moxó, *Cartas mejicanas*, págs. 34-35 (la cursiva es del texto).

²² José CADALSO, *Cartas marruecas. Noches*

lúgubres, Madrid, Editorial Cátedra, 1983 [7ª ed.], pág. 77.

²³ IRISARRI, *El cristiano errante*, t. I, págs. 127-128.

para el estudio de los pueblos que atraviesa. Por ejemplo, el ilustrado Gaspar de Jovellanos (1744-1811), en su *Discurso dirigido a la Real sociedad del País de Asturias, sobre los medios para promover la felicidad en aquel principado*,²⁴ rechaza la banalidad y la futilidad en los objetivos del viajero cuando sus observaciones no se acompañen del criticismo ilustrado, y lo que es aún más grave, cuando la finalidad del viajero radique únicamente en un interés personal de un viaje sin método y poco sistemático:

Para conocer la situación de una provincia no basta haber vivido en ella largo tiempo [...]. Tampoco basta haberle recorrido de un cabo al otro, si esto no se hizo *inquiriendo, observando y apuntando lo mas notable*. El que viaje solo por divertirse, el que atr[af]iese muchas veces un país sin mas objeto que el de atender a sus particulares negocios, solo podrá decir lo que ha visto.²⁵

El apunte de las observaciones tiene aquí un objetivo reivindicativo clarísimo. El viajero describe las costumbres y las instituciones de los lugares que recorre anotando toda la información pertinente para la comprensión del lector; tal es el imperativo crítico que caracteriza tanto a Moxó como a Irisarri. Llamen poderosamente la atención las descripciones de los pueblos indígenas laboriosos, con orden, limpieza e industria que hace Romualdo:

Encontró [Romualdo] aquellos indios laboriosos, inteligentes, ágiles, despiertos, bien formados, robustos, aplicados a la agricultura, al comercio, a las artes, como si fuesen de otra raza de la que puebla la América meridional. Entre ellos, los caciques y los que se llaman principales y forman la aristocracia indígena, habían muchos tan civilizados como los que más de otras razas del país [...]. En general, los pueblos de aquellos indios eran aseados, las casas bien edificadas y cómodas, con sus muebles necesarios. En unas partes se dedicaban al cultivo del algodón, al hilado y el tejido de esta materia: en otras partes se empleaban a la crianza de ganado lanar, cuya lana hilaban y tejían, no sólo para el surtido de sus pueblos, sino para formar un artículo de comercio que llevaban a expender a largas distancias: en otras partes se ocupaban casi todos los habitantes, en la carpintería, y con los pinos y cipreses de aquellos montes, hacían artesas, sillas, escaños, mesas, catres, y todas las demás piezas del manejo ordinario de una casa [...].²⁶

La estimación de Romualdo se enfoca primero hacia notaciones que giran alrededor del trabajo como primera fuente de la prosperidad y de riqueza; no

²⁴ Discurso que pronuncia Jovellanos en 1781 ante la Sociedad Económica de Amigos del País del Principado de Asturias.

²⁵ Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Obras pu-*

blicadas e inéditas, t. II, Madrid, Real Academia Española, 1952, pág. 442; las cursivas son nuestras.

²⁶ IRISARRI, *El cristiano errante*, t. I, págs. 127-128.

hay nada más cercano a esa mentalidad ilustrada que expone Campomanes en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, cuando plantea que una sociedad próspera se caracteriza por la interrelación entre agricultura, manufacturas y comercio. Es decir, la sociedad perfecta es aquélla en donde artesanos y agricultores trabajan de la mano.²⁷ Se trata, según Campomanes, no sólo de una ocupación provechosa de los grupos humanos en la consecución de un ideal común (la prosperidad), sino también de la necesidad de erigir el trabajo en motor del proceso de socialización y de corrección moral, pues con la industria y el trabajo «[...] las gentes vivirán ocupadas, contentas, y pudientes. [...] Aun las virtudes christianas, y las morales se arraigarian con tan honesta ocupacion: se desterraria la ociosidad, y con ella un gran número de vicios».²⁸

Recordemos que Antonio Maravall asocia con ese perfeccionamiento físico y moral del hombre (la evolución hacia el progreso y la felicidad) la conciencia de que existan unos medios para lograrlo; de ahí que la experiencia del trabajo y la producción de bienes y de manufacturas sean leídas a través del principio de utilidad.²⁹ En segundo lugar, la laboriosidad y el orden público que imperan en estas sociedades indígenas son el indicador de una relevancia económica mayor. La contigüidad entre las nociones de civilización y prosperidad no podrían comprenderse sin ese elogio a unas manufacturas que ponderan el intercambio comercial. Se trata de una actividad económica que implica, en mentalidad ilustrada, la clasificación tripartita entre agricultura, comercio e industria³⁰ y que pondera, al final, la manufactura que producen los oficios o las artes manuales.

Si como señala John Browning para el caso de la novela de Irisarri: «entre otros muchos temas se nos habla de la tranquilidad y prosperidad de los pueblos indígenas de Guatemala, del alto nivel de civilización de Oaxaca, de la opulencia e industria de Puebla y de México»,³¹ con el fin de refutar el estereotipo del indígena difundido por Pauw, en estos textos fundacionales surge una conciencia criolla que reflexiona sobre las diferencias constitutivas de lo americano, en el marco del mismo programa ilustrado. Al resemantizarse la noción de trabajo ilustrado en esa correlación entre honesta ocupación, esfuerzo y utilidad, la imagen del indígena esforzado, hábil, fuerte y hacendoso se carga de

²⁷ Pedro RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, Antonio de Sancha, 1774, págs. CLXXV-CLXXVI.

²⁸ Pedro RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, pág. XVII.

²⁹ José Antonio MARAVALL, «El principio de la utilidad como límite de la investigación

científica en el pensamiento ilustrado», *Historia y Pensamiento*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1987, tomo II, pág. 233.

³⁰ José Antonio MARAVALL, «Dos términos de la vida económica: La evolución de los vocablos "industria" y "fábrica"», pág. 649.

³¹ John BROWNING, «La historia en la literatura y la literatura en la historia», pág. 268.

un valor positivo; esto es lo obvio. Ahora bien, el principio de interés individual, enfatizado por Maravall en la búsqueda y el dominio de sí mismo, está en la base de esa responsabilidad moral del hombre para con su sociedad; para Maravall su armonía es incuestionable en el pensamiento económico de la Ilustración.³² Al plantear Moxó, pero sobre todo Irisarri, que las sociedades indígenas americanas se hallan en un estadio de prosperidad y de abundancia, gracias al trabajo y al fomento de una industria popular, ellos se están apropiando de esa conciencia «criolla» que aparece entre el siglo XVIII y el XIX, la cual se caracteriza por buscar las huellas de su identidad en la construcción de un capital simbólico en el que el saber y la acumulación de bienes están en el mismo nivel.³³ En la conciencia criolla ello no es inocente; la reivindicación de lo americano se hace mostrando el patrimonio económico-social de estas tierras y encuentra en las nociones de trabajo y virtud ilustradas su asidero ideológico. Al final de su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Campomanes afirma que la riqueza de las naciones se mide por la importancia de la agricultura, comercio e industria:

Los productos de la industria de una nación forman el barómetro mas seguro, por donde se debe regular la progresion, ó la decadencia del Estado; de su riqueza; y del número de sus habitantes. Quando los ramos de la industria están bien arreglados, se multiplican de tal manera los habitantes, que naturalmente producen gran copia de mercaderías, y hombres sobrantes.³⁴

Si el desarrollo de un país es un espejo de la prosperidad de la industria y del trabajo, el espacio americano que nos describen tanto Moxó como Irisarri se hace eco aquí de esa conciencia criolla que muestra en qué consiste la superioridad del que habita América, sus habitantes y el territorio. De esta manera, cuando Irisarri, en boca de Romualdo, refuta esa imagen negativa del continente, precisamente en el capítulo VI de *El cristiano errante*, lo hace para exponer todo un debate sobre la función y la utilidad del viaje y fustiga a aquellos historiadores y naturalistas que menospreciaban la realidad americana.³⁵ Como buen viajero imbuido en el espíritu dieciochesco, Romualdo sabe analizar, con

³² José Antonio MARAVALL, «Espíritu burgués en la Ilustración española», *Hispanic Review*, 47.3 (1979), pág. 317. Algo que repite también Campomanes en la siguiente cita: «y enseñados los naturales á la actividad, solo piensan en el bien general de la sociedad, donde prosperan; porque el interés común está perfectamente unido con el particular de cada familia» (CXCIII).

³³ Beatriz GONZÁLEZ STEPHAN, «Del catálogo

a la escritura historiadora: Archivo imperial y afirmación criolla», en JORGE CHEN SHAM (ed.), *Actas del simposio Hacia la comprensión del 98: representaciones finiseculares en España e Hispanoamérica*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000, pág. 46.

³⁴ Pedro RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, págs. CLXXX-CLXXXI.

³⁵ Hay que señalar que, en este capítulo VI,

imparcialidad crítica, las peculiaridades de los lugares visitados, relacionando el clima y los accidentes orográficos con la flora y la fauna:

Finalmente, si Ud. va examinando atentamente todos los objetos que se presentan desde aquí hasta México, podrá Ud. hacer una abundante colección de observaciones muy exactas, para convencer a todo el mundo con hechos auténticos de que la supuesta degeneración de los animales y de plantas que se trajeron de Europa a América, no tiene otro principio que el haberse observado que en alguno de estos lugares, o porque había demasiado frío o porque había demasiado calor, no se daban los frutos como se dan en la temperatura que les conviene; del mismo modo que en Viscaya no se dan ciertos frutos que en Andalucía, ni en Valencia, ni en la Noruega los que se cosechan en Italia.³⁶

Las peculiaridades del territorio y de lo que es, en *El cristiano errante*, una verdadera historia natural de Guatemala le permiten a Irisarri hacer un inventario de plantas, animales, pueblos, actividades y tipos de bosque, que llaman la atención por su tono de catálogo erudito y «voluntad de coleccionar para luego exponer los bienes».³⁷ Pero esta reafirmación de lo autóctono guatemalteco se amplía con la descripción de las ciudades de Oaxaca, Puebla y México, en las que sobresalen el grado de refinamiento, las ventajas de la vida urbana, las industrias y la opulencia de sus costumbres, de manera que la descripción del campo y de las montañas guatemaltecas y sus pueblos indígenas tienen mucho en común con ese despliegue erudito sobre espacio urbano mexicano. Por esta razón, este mapa de Mesoamérica en el que reinan el trabajo, el orden y la prosperidad, está muy cercano a los objetivos que la Ilustración se propone en materia de felicidad de los pueblos. Se produce una verdadera reivindicación de lo autóctono americano, propio e inherente a estas tierras; las palabras de Romualdo traducen admiración ante la incompreensión y la ignorancia europeas que critica con mirada sesgada. Romualdo describe con una sensibilidad «criolla» que «mapea» la realidad guatemalteca en sus accidentes y peculiaridades la realidad del nuevo continente.

entre los autores detestables se encuentra el naturalista Pauw: «Ud. escribirá un viaje digno de leerse, si después de examinar bien lo que va encontrando, lo describe con exactitud y lo hace de manera que todo el mundo se convenza de que el conde de Carli, y el prusiano Pauw, y el escocés Robertson, y hasta los mis-

mos historiadores españoles, han escrito estupendas necedades sobre la América española» (IRISARRI, *El cristiano errante*, t. II, pág. 155).

³⁶ IRISARRI, *El cristiano errante*, t. II, pág. 157.

³⁷ BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN, «Del catálogo a la escritura historiadora: Archivo imperial y afirmación criolla», pág. 42.